

estómago por el uso de ciertos elixires deliciosos cuyo efecto es infalible. Todos los resortes que rehusan tan á menudo obedecernos, están en ellos sujetos á la voluntad.

Estos habitantes nunca duermen : la proximidad del Sol mantiene en el planeta un movimiento perpetuo, que no puede debilitarse sino por grandes accidentes, y entónces todo lo que cae en la inaccion se encuentra en un peligro manifiesto. Por lo cual uno de los mayores suplicios á que están condenados los criminales, es á dormir cierto número de dias. Un presuntuoso, por ejemplo, se hincha como nuestros hidrópicos ; los imbéciles contraen una especie de tisis ; el vanidoso pierde tantas plumas de sus alas cuanto mas alabanzas se ha dado, verdaderas ó falsas ; los avaros se derriten á la vista ; los aduladores mueren á fuerza de reir ; los traidores y los embusteros llegan á ser transparentes y quebradizos como el cristal, tanto que mueren ordinariamente rotos en mil pedazos.

Cuando un habitante, varon ó hembra, del planeta va á partir para otro Mundo, en otros términos, cuando va á morir, sus amigos son invitados á extender una memoria de las cualidades físicas que les faltan y que el viajero poseia. Al partir el alma, el cuerpo cae en polvo dorado, y las personas heredan dichas cualidades : un jorobado se endereza, un ciego ve, un cojo recibe otra pierna nueva, un calvo se siente crecer la cabellera mas hermosa, etc.

Si ahora pasamos á los alimentos, no hay en Mercurio ni cocineros, ni pasteleros, ni bolleros ni ninguno de esos oficios á que la delicadeza de nuestro paladar da tantos empleos entre nosotros. La naturaleza ha cuidado por sí misma de preparar y sazonar de una manera exquisita las comidas de estos dichosos habitantes. Para ello no cuesta la vida á los animales, como en nuestro Mundo ; al contrario ellos son los que cuidan del alimento de los hombres. En la cumbre de cada montaña crecen deliciosos manjares. Todos los gustos que están esparcidos sobre los demas Mundos y que toman su origen del Sol, se detienen ante todo en Mercurio, y en

vez de dispersarse sobre la superficie entera, se fijan en las colinas. Allí se encuentra todo lo que conocemos aquí, y otros muchos manjares todavía : una calabaza produce un jamon, una manzana asperiega, es una perdiz, los pajarillos hortelanos enteramente asados se cogen en vainas como nuestras habas. Hay tambien allí manantiales de vino superior á los que se beben en la Tierra, en Marte, Júpiter y Saturno. Y hay algo mejor que todo esto : á fin de no dejar nada que hacer á aquellos habitantes afortunados, la naturaleza ha dado á cada uno cierto número de grandes aves domésticas que, á la menor seña parten en busca de una fruta y la traen ; de manera que colocándose alrededor de una mesa vacía y enviando á estas águilas con la lista, traen inmediatamente con que cubrir el mantel de los manjares mas suculentos.

No solo tienen seres alados para sirvientes, sino tambien diversas especies de animales terrestres, con los cuales conversan en una lengua natural. Al pasar los bosques, se habla con un ruiseñor, se le pregunta por su señora, sus amigos y sus asuntos. Solamente es preciso saber tratar de las materias accesibles á estas diversas inteligencias : un hipopótamo no discurre como una curruca, ni una tortuga como una liebre, ni un tigre como un cordero. Los animales no se devoran unos á otros ni pacen la yerba, sino chupan la savia de los gujarros mercurianos. Todos son muy buenos para el hombre ; los peces se alejan de la orilla del rio cuando una persona entra á bañarse, y están de guardia por temor de algun accidente. Si se trata de construir una casa se presentan mil especies. Los patos, conejos y topos ahondan los cimientos ; los castores cortan los grandes árboles y los labran ; los asnos llevan los maderos ya labrados ; los osos se encargan de los materiales pesados que hay que subir á los aleros ; los elefantes sirven de gruas para levantar los grandes pesos con su trompa ; tales son los operarios : solo el hombre es el arquitecto. Añadamos ademas que los pájaros no cantan ese guirigai como los nuestros, sino que unen sus melodías en admirables conciertos.

Pero la *Relacion del Mundo de Mercurio* no ofrece ningun detalle mas interesante que los que se refieren al casamiento. « Siendo el gusto que los hombres tienen por la variedad, dice el autor, tan natural y tan necesario, los pueblos de Mercurio se han guardado muy bien de hacer los casamientos perpetuos é indisolubles. El compromiso amoroso es de dos años, despues de los cuales los cónyuges quedan en recíproca libertad. Cuando dos prometidos quieren conocer si se convienen, se dirigen al gabinete de la Esfinge, pasando cada uno por una sala de baños en donde revisten ropas de cristal, que, en aquel planeta, es manuable como nuestro tafetan (Luciano ha tenido el mismo pensamiento). El gabinete de la Esfinge está espléndidamente amueblado y no carece absolutamente de nada. Allí deben estar los prometidos dos dias y dos noches, y solo despues de esta conferencia de cuarenta y ocho horas, se extiende el contrato si se convienen. En este contrato, para acompañar al preludeo dignamente se arregla el número de las pequeñas mentiras conyugales y de las infidelidades reales á que se obligan uno y otro para conservar la paz de la casa. » Nuestro delicioso narrador entra en pormenores que no podemos referir. « Al dia siguiente de su boda, añade mas léjos, una mujer puede guñiar, hacer señas, hablar bajo; atraer con halagos, salir sola, volver tarde, hacerse acompañar y áun dormir fuera de casa en caso necesario, sin tener que dar razones plausibles de su ausencia, como por ejemplo: Me he divertido mucho, la diversion me ha detenido; el placer es el que me ha conducido. Todo esto es de ordinariò bien recibido (1), »

(1) Parece que en aquella época las aventuras galantes debian necesariamente formar parte integrante de toda composicion literaria. Las *Ames rivales* de Moncrif son una nueva prueba de esto. Entre las diferentes sectas filosóficas de la India, una de las principales enseña que las almas descienden de los astros. Segun este principio, las almas de primer orden salen del Sol: estas son las almas de los reyes, de los grandes hombres. Las almas de segundo orden vienen de la Luna ó de algun otro astro, etc. Pero de cualquier orden que sean las almas, su destino depende de Brahma; por órden de este dios, una

Dejaremos á nuestros lectores el cuidado de juzgar si el Mundo de Mercurio les agradaria mas que el Mundo de la Tierra, y aquí nos detendremos en la lectura de nuestra relacion. El supuesto traductor árabe entra en la historia de las costumbres, de los hábitos de las sociedades de Mercurio, y sale del cuadro que nos hemos trazado. Síguele otro escritor anónimo que, al año siguiente (1751), dió al público las obras intituladas:

*Première, deuxième et troisième relations du voyage fait dans la Lune par M\*\*\*.* — Primera, segunda y tercera relacion del viaje hecho á la Luna, etc.

El opúsculo que lleva este título es una ficcion crítica escrita á propósito de la obra *Consideraciones sobre las costumbres del siglo*, recientemente publicada. El autor desconocido asiste en la Luna á una leccion de cocorolis (profesores) dada en el rikgril (universidad), principiada en el cuarto punto de la quinta hora de Júpiter (siete de la mañana). Los alumnos estaban á caballo, cada uno de los doce cocorolis explicaba la duodécima parte de la leccion, y entre cada parte, el escuadron de los trescientos alumnos apretaba las espuelas á los caballos á todo escape, hasta un kilómetro, y volvía con la misma rapidez á oír otra duodécima parte de la conferencia. En aquel país, la atencion no puede fijarse

alma caida en este mundo pasa de un cuerpo á otro. Si esta alma se ha producido mal en su última morada, entra en otra ménos respetable ó mas expuesta á revoluciones molestas. Así se explica la diversidad de las vidas presentes.

Durante la esclavitud del cuerpo, las almas pueden obtener de Brahma la libertad de retirarse de él por algun tiempo, recitando la plegaria llamada *Mandiran*, ó igualmente la libertad de animar á otros cuerpos. Sobre este dato ha construido Moncrif su ingeniosa novelita de las *Ames rivales*, en la cual se ve al jóven príncipe de Carnate y á su amada princesa Amassita darse cita para la Estrella de la Mañana, en donde estas dos almas se sumergen en deliciosos éxtasis.

mucho tiempo, y son necesarios perpetuos ejercicios para conservar la actividad de la imaginacion.

Por lo demas este pequeño libro no tiene otra objeto que hacer la crítica de la obra de que hemos hablado. Pero fué seguido de una obra que hizo mucho ruido.

VOLTAIRE. *Micromégas. Voyages d'un habitant de Sirius et d'un habitant de Saturne* (1752). Micromégas. Viajes de un habitante de Sirio y de un habitante de Saturno, etc.

El rey Voltaire (1) habia escrito en su Optica que nuestras razones para afirmar la pluralidad de Mundos no son mas fundadas que las que tendria un hombre que tuviese pulgas para afirmar que su vecino las debia tener como él. El digno filósofo hablaba en broma sin duda; y seguia bromeando, aunque mas sabiamente el dia en que creó á Micromégas.

No dudamos que muchos de nuestros lectores conocen esta ingeniosa composicion; pero no obstante, nuestra revista exige que la examinemos sucintamente y sin comentarios.

Voltaire dice haber conocido al viajero M. Micromégas, habitante del sistema de Sirio, en el último viaje que hizo á nuestro pequeño hormiguero; probablemente tambien cuando hizo taquigrafiar sus encantadores discursos. Sea como quiera, afirma que tenia ocho

(1) El texto dice *Le roy Voltaire*, « el rey Voltaire. » Flammarion ha empleado esta calificacion hecha por algunos escritores para elogiar al eminente escritor de la Francia, á la personificacion de las letras francesas, aplicándole el mismo verso suyo que se encuentra en la *Henriada* (cant. IV.):

« Il ôte aux Nations le bandeau de l'erreur. »  
El quita á las Naciones la venda del error.

*Le roy Voltaire* es tambien el título de una obra sobre la vida y escritos de este gigante literario.

(El Trad.)

leguas de alto; de lo cual puede deducirse que el Mundo de donde venia debia medir una circunferencia de 21 millones 600,000 veces mas grande que la de la Tierra.

Siendo la estatura de Su Excelencia de la altura indicada, todos nuestros escultores y todos nuestros pintores convendrán sin trabajo que su cintura podia tener cincuenta mil piés de circunferencia, lo que forma una proporcion lindísima. Siendo su nariz el tercio de su bello rostro, y su bello rostro la séptima parte de la altura de su bello cuerpo, es preciso confesar que la nariz del Soriano tenia seis mil trescientos treinta y tres piés, mas una fraccion; lo que era de demostrar.

Habiendo sido desterrado de la córte de su país por haber hecho un libro muy curioso sobre los insectos, pero que un viejo ignorante y filósofo (seguimos la relacion) habia creído en olor de herejía, se puso á viajar de planeta en planeta para acabar, como se dice, de formarse el espíritu y el corazon.

Nuestro viajero conocia maravillosamente las leyes de la gravitacion y de la atraccion, y se sirvió de ellas tan á propósito que, unas veces con la ayuda de un rayo de sol, y otras por la comodidad de un cometa, iba de globo en globo, como revolotea un pájaro de rama en rama. Despues de haber visitado la Vía láctea y otros muchos mundos, llegó al globo de Saturno. Por acostumbrado que estuviere á ver cosas nuevas, no pudo desde luego, al ver la pequeñez del globo y de sus habitantes, abstenerse de esa sonrisa de superioridad que algunas veces se escapa á los mas sabios; porque al fin Saturno no es sino setecientas veces mayor que la Tierra; y los ciudadanos de aquel país son enanos que apenas tienen mil toesas; pero como tenia buen talento, se familiarizó pronto con aquellas gentes, y trabó estrecha amistad con el secretario de la Academia de Saturno. En una conversacion que tuvieron ambos, Micromégas que queria instruirse, le preguntó cuántos sentidos tenian los hombres de su globo. — Tenemos setenta y dos, dijo el académico, y nos quejamos todos los dias de esta escasez. Nuestra imaginacion va mas allá de nuestras

Necesidades: vemos que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro anillo y nuestras cinco lunas, somos demasiado limitados. — Lo creo bien, dijo Micromégas, porque en nuestro globo nosotros tenemos cerca de mil sentidos, y aún nos queda no sé qué vago deseo, qué inquietud que nos advierte sin cesar que somos poca cosa y que hay seres mucho mas perfectos. — ¿Cuánto tiempo vivís? continuó el Siriano, — ¡Ah! muy poco, replicó el hombrecillo de Saturno, no vivimos sino cinco grandes revoluciones alrededor del Sol (como unos quince mil años). Ya veis que esto es morir acabado de nacer. — Si no fuérais filósofo, le dijo Micromégas, temería afligiros manifestándoos que nuestra vida es setecientas veces mas larga que la vuestra; pero demasiado sabeis que, cuando es preciso devolver su cuerpo á los elementos y reanimar la naturaleza bajo otra forma, lo cual se llama morir, haber vivido una eternidad ó haber vivido un dia, es casi la misma cosa. Yo he estado en países en donde se vive mil años mas que en el mio, y he visto que tambien en ellos se murmuraba de lo mismo. En fin, despues de haber, durante una revolucion del Sol, platicado uno y otro y de comunicarse lo que sabian, resolvieron hacer juntos un pequeño viaje filosófico.

Como casualmente pasaba un cometa, se lanzaron sobre él con sus criados y sus instrumentos y despues de haber pasado por Júpiter y Marte, divisaron un pequeño monton de barro sobre el cual, despues de algunas vacilaciones se decidieron á bajar. Despues de haber dado una vuelta á este globo, que era la Tierra, llegaron á un charco pequeño que llamamos Mediterráneo, y de allí á otro pequeño estanque, que bajo el nombre de grande Océano rodea al diminuto globo. Al enano no le llegaba el agua sino á média pierna, y apenas tenia el otro con que mojarse el talon. Hicieron cuanto pudieron yendo y viniendo por encima y por debajo de este pequeño globo, para procurar distinguir si estaba habitado ó no. Se bajaron, se acostaron, tentaron por todas partes, pero ni sus ojos ni sus manos eran proporcionados para ver los pequeños seres que se arrastran aquí.

El enano, que algunas veces juzgaba con demasiada precipitacion, decidió que no habia nadie sobre la Tierra; Micromégas le hizo entender con cortesía que era discurrir bastante mal: « porque, decia, vos no veis con vuestros ojillos ciertas estrellas de quinta magnitud que yo distingo con mucha precision; ¿ deducís de aquí que no existen estas estrellas? — Pero, dijo el enano, yo he tentado bien. — Y respondió el otro, pero habeis opinado mal. — Pero, repuso el enano, este globo está tan mal construido, esto es tan irregular y de una forma que me parece tan ridícula! todo parece en el caos; mirad esos riachuelos que ninguno marcha derecho, estos estanques que no son ni cuadrados, ni redondos, ni ovaes, ni de forma alguna regular; todos esos granos puntiagudos de que está erizado el suelo y que me han despedazado los piés (queria hablar de las montañas). Y verdaderamente, lo que me hace pensar que aquí no hay nadie es que personas de buen sentido no podrían vivir aquí — Está bien, dijo Micromégas, no hay personas sensatas que habiten aquí, pero será tal vez por razon de que todo está alineado, tirado á cordel en Júpiter, en Saturno, y que aquí está todo en la confusion. ¿ No os he dicho que en todos mis viajes habia notado variedad? » El Saturniano replicó á todas estas razones. La disputa no hubiera terminado si, por fortuna, Micromégas, acalorándose, no hubiera roto el hilo de su collar de diamantes. El enano recogió algunos, y notó, acercándolos á sus ojos, que estos diamantes, de la manera con que estaban brillantados, eran excelentes microscopios; tomó pues uno de estos pequeños microscopios de ciento sesenta piés de diámetro que aplicó á su pupila; y Micromégas cogió otro de dos mil y quinientos piés. Eran excelentes; pero al principio no vieron nada con su auxilio, fué preciso acostumbrarse. En fin el habitante de Saturno vió una cosa imperceptible que se movia entre dos aguas en el mar Báltico: era una ballena. La cogió con el dedo pequeño muy fácilmente, poniéndosela en la uña del pulgar, y la enseñó al Siriano, que se puso á reir segunda vez de la excesiva pequeñez de los habitantes de nuestro globo. Convencido el Saturniano de

que nuestro globo estaba habitado, se imaginó bien pronto que no lo estaba sino por ballenas; y como era gran razonador, quiso adivinar de dónde podía traer su origen un átomo tan pequeño. Micromégas se encontró muy apurado; examinó el animal con mucha paciencia, y el resultado del exámen fué ver que no habia medio de creer que allí estuviese alojada un alma. Entrambos viajeros se inclinaban pues á pensar que no habia espíritu en nuestra habitacion, cuando ayudados del microscopio distinguieron una cosa tan gruesa como una ballena que flotaba en el mar Báltico. Sabido es que por algun tiempo una bandada de filósofos volvia del círculo polar, bajo el cual habian ido á hacer observaciones que nadie hasta entonces habia llegado á saber. Las gacetas dijeron que su buque habia encallado en el golfo de Bothnia, y que les costó mucho salvarse; pero nunca se sabia el secreto.

Micromégas extendió la mano suavemente hácia el paraje en donde aparecia el objeto, y alargando dos dedos y retirándolos por temor de engañarse, despues abriéndolos y cerrándolos, agarró muy diestramente el buque que contenia á estos señores, y lo colocó tambien en su uña sin apretarlo mucho, por temor de no aplastarlo. « Ved aquí un animal diferente del primero, » dijo el enano de Saturno; el Siriano puso al supuesto animal en la palma de la mano. Los pasajeros y los de la tripulacion, que se habian creido arrebatados por un huracan y que se creian sobre una especie de roca, se ponen todos en movimiento; los marineros toman toneles de vino, los arrojan en la mano de Micromégas y se precipitan despues. Los geómetras toman sus sextantes, y bajan sobre los dedos del Siriano. Tanto bulleron que este sintió algo que le hacia cosquillas en los dedos: era un palo herrado que le introducian un pié en el índice; juzgó por esta picazon que habia salido alguna cosa del animalillo que tenia; pero al principio no sospechó nada mas. El microscopio, que apenas hacia distinguir un buque de una ballena no alcanzaba á percibir seres tan imperceptibles como hombres. No pretendo ofender la vanidad de nadie, pero me veo obli-

gado á suplicar á los que la echan de importantes que hagan aquí una pequeña observacion conmigo: y es que teniendo presente la estatura de los hombres de unos cinco piés, no hacemos sobre la Tierra mayor figura que la que haria sobre una bola de diez piés de circunferencia un animal que apenas tuviese la sexcentésima milésima parte de una pulgada de altura. Figuraos una sustancia que pudiera tener la Tierra en su mano y que tuviese órganos en proporcion de los nuestros; y concebir despues, lo que pensaria de esas batallas que hacen ganar al vencedor una aldea para perderla en seguida.

Despues de haber examinado bien, llegó Micromégas con mucha habilidad á distinguir los hombres, y áun apercibió que hablaban, de lo cual se admiró mucho. Entonces, para poder oir sus discursos, se hizo una especie de bocina con su uña, despues metiéndose en la boca pequeños mondadientes muy afilados cuya pequeña punta iba á dar cerca del buque, entró en conversacion con ellos.

La tripulacion se admiró desde luego de lo que veian y oian, pero Micromégas se admiró mucho mas todavía cuando vió que los geómetras le decian su altura con sus alidades, y que conocian las alturas y los movimientos de los astros. « Puesto que sabeis tan bien lo que está fuera de vosotros, les dijo, sin duda sabreis mejor todavía lo que está en el interior. Decidme qué es vuestra alma y cómo formais otras ideas. » Los filósofos hablaron todos á la vez como ántes; pero todos fueron de distinto parecer. El mas viejo citaba á Aristóteles, el otro pronunciaba el nombre de Descartes, este el de Malebranche, este otro el de Leibnitz, otro el de Locke. Un viejo peripatético dijo en voz alta con confianza: « El alma es una entelequia y una razon, porque ella tiene el poder de ser lo que es. Así lo declara expresamente Aristóteles, página 633 de la edicion del Louvre. » Citó el pasaje: « Yo no entiendo muy bien el griego, dijo el gigante. — Ni yo tampoco, dijo la mita filosófica. — ¿Por qué pues, replicó el Siriano, citais á ese Aristóteles en griego? — Es, replicó el sabio, porque

lo que no se comprende del todo, conviene citarlo en la lengua que ménos se entiende. »

El cartesiano tomó la palabra y dijo : « El alma es un espíritu, pero que ha recibido en el vientre de su madre todas las ideas metafísicas, y que saliendo de allí, necesita ir á la escuela y aprender de nuevo todo lo que ha sabido tan bien y que ya no sabrá. — No valía pues la pena, respondió el animal de ocho leguas, de que tu alma fuese tan sábia en el vientre de tu madre, para ser tan ignorante cuando tuvieses barbas en la cara. »

Entónces Micromégas, dirigiendo la palabra á otro sabio que tenia en su pulgar, le preguntó qué era su alma y lo que ella hacia. « Enteramente nada, dijo el filósofo malebranchista; Dios es quien todo lo hace para mí, todo lo veo en él, todo lo hago en él; él es quien todo lo hace sin que yo me mezcle en ello. — Pues eso equivale al no ser, replicó el sabio de Sirio. — Y tú, amigo mio, dijo á un leibnitziano que estaba allí, ¿qué cosa es tu alma? — Es, respondió, una aguja que marca las horas miéntras que mi cuerpo toca la campana; ó bien, si quereis, ella es quien toca miéntras que mi cuerpo marca las horas; ó bien, mi alma es el espejo del universo y mi cuerpo es el marco del espejo : todo esto es claro. »

Un pequeño partidario de Locke estaba allí cerca, y cuando se le hubo dirigido la palabra, dijo : « No sé cómo pienso, pero sé que nunca he pensado sino por efecto de mis sentidos; que haya sustancias inmateriales é inteligentes, es de lo que no me cuido; pero que sea imposible á Dios comunicar el pensamiento á la materia, es de lo que dudo mucho. Reverencio al eterno poder; no me toca limitarlo : yo no afirmo nada; me contento con creer que hay mas cosas posibles de lo que se piensa. »

El animal de Sirio se sonrió; no le pareció este último el ménos sabio; y el enano de Saturno hubiera abrazado al sectario de Locke á no impedirlo su extremada desproporcion. Pero habia tambien allí, por desgracia, un pequeño animalculo de bonete cuadrado que cortó la pa-

labra á todos los animalculos filósofos; dijo que él sabia todo el secreto, que todo esto se encontraba en la *Suma de santo Tomás*; miró de arriba abajo á los dos habitantes celestes; les sostuvo que sus personas, sus Mundos, sus Soles, sus estrellas, todo estaba hecho únicamente para el hombre. A este discurso, nuestros dos viajeros se dejaron caer uno sobre otro, ahogándose en esa risa inextinguible que, segun Homero, es la herencia de los dioses; sus hombros y su vientre se agitaban y en estas convulsiones, el barco que el Siriano tenia en la uña cayó en un bolsillo de los calzones del Saturniano. Aquellos dos buenos hombres lo buscaron largo tiempo; por fin encontraron la tripulacion y la colocaron muy bien. El Siriano contestó á las pequeñas mitas (1); les habló tambien con mucha bondad, aunque en el fondo de su corazon estaba algo incomodado de ver que los infinitamente pequeños tenian un orgullo infinitamente grande.

(1) *Mita* (del anglo-sajon *mite*), cualquier cosa sumamente pequeña; objeto diminuto. Así en frances como en italiano se da este nombre en zoología á una araña diminuta con pequeñas mandíbulas, que las distingue del ácaro, y de la cual hay variedades. Tales son a *mita* del queso, *Tyroglyphus* (ó *Acarus*) *domesticus*, la *mita* de la harina, *Tyroglyphus farinae*, etc. Aplícase igualmente al Arador, al Gorgojo, y á algunos otros insectos.

(El Trad.)